

nuestro pintor los enmascarados, sino las máscaras categóricas, seres pertenecientes a una fauna infrahumana, a la que caracterizan con sus convulsas contorsiones y con sus inmóviles gestos de cartón.

De las calles de arrabal y de las difíciles callejuelas de algunos pueblos de Castilla ha extraído Solana el telón de fondo de su carnavalada mortuoria. Unos cielos con careta acompañan al deslavazado y triste cortejo de las máscaras. Es como una degradante verbena de fantoches lo que esos cielos cubren con su negrura de cómplices habituales. Las máscaras viven así su vida propia y se muestran en su descarada naturaleza.

Dírase que Gutiérrez Solana — como el minucioso y observador naturalista que sale al campo a sorprender los secretos de la existencia de determinado insecto — ha pasado muchas horas de codos sobre el barandal de los aquelarres del antrucejo. En sus cuadros ha conseguido aislar la esencialidad vigorosa de la máscara. Su espíritu, como su acartonado rostro, se manifiestan descarnadamente, como los cartelones pedagógicos de las clases de Historia Natural.

Es una vida esquematizada la que brota de la pintura caracterizadora y patente de Gutiérrez Solana. Por eso, en su persecución de las formas de la pesadilla carnavalesca, el pintor aísla — o procura aislar —, como en un laboratorio de experiencias casi diabólicas, el sér autóctono de la máscara. Encierra en el cuadrilátero del marco una especie de visión panorámica de las máscaras en acción. Y acaso también pretende

hacerlo con su espíritu. Esas gesticulaciones de palo, esa monstruosa zarabanda de monigotes sin humanidad, son las que forjan el entramado caricaturesco y evidente de las máscaras.

Gutiérrez Solana quiere explicar una vertiente negra, terrible y tenebrosa del mundo a través del delirio agónico de las máscaras. Estas máscaras del pintor se agitan como en un paradigma de la danza de la muerte. Seres que tienen poco que ver con la existencia humana señalan un escalón de la horrenda y degradante caída del hombre. De ahí esa especie de primitivismo en que se inscribe la pintura de Gutiérrez Solana, como si tratase de sacar a flor de vida el horrendo cartelón de un trasmundo turbio y acre, de pasiones cavernarias y movimientos de fantoches.

La muerte y las máscaras presiden, como productos naturales de la creación poética del pintor, la temática de Gutiérrez Solana.

En el ámbito de su pintura hacen acto de presencia, no sólo como pretextos argumentales, sino — valga la expresión — como enunciaciones de la posible metafísica de su arte.

Se vale de las máscaras para presentarnos a unos seres vacíos, huecos y chirriantes, que anticipan a los hombres la macabra y burlesca representación de un paradójico y grotesco «charivari» de la muerte.

Y detrás de todo ello — y muy a la española — está la tremenda meditación de la transitoriedad de los bienes terrenos,



Otra pintura de carnestolendas